



PRÓLOGO

ENTRE todas las nacionalidades, desprendidas del glorioso tronco ibero, México es, incuestionablemente, la que mejor representa y sintetiza los múltiples y acerbos caracteres de la raza, no sólo por meros motivos geográficos y estadísticos, sino también por razones esenciales de acumulación y disciplina cultural, y de aquellos sentimientos irreductibles de patriotismo exaltado, que han sido, son y serán el más bello y heroico penacho de nuestro yelmo.

Con razón la clarividencia de los conquistadores, de aquellos inmortales poetas de la acción y

de la fuerza, bautizó estas tierras pródigas del metal más duro y rico y del laurel más fresco y más perenne, con el nombre augural de *Nueva España*, como predestinándolas a realizar en la inmensa y caótica conglomeración del Continente de América, aquellos épicos milagros de tenacidad y de dominio, con que nuestros abuelos fatigaron a la Gloria en las legendarias regiones de este Viejo Mundo.

Mientras en la mayor parte de las otras Repúblicas Hispano-Americanas, por necesidades perentorias y vitales de expansión industrial y comercial, nuestro espíritu tiende a disgregarse, a desaparecer en la esterilidad de lo híbrido, deprimido o anulado por las constantes emigraciones de otras razas, en México, por el contrario, se concentra, se selecciona, intensificándose por el cruce de la raza aborígen, la más apta y capacitada de América, como signada por la Providencia para cumplir en la inmensidad de los tiempos los destinos más soberbios.

De la leyenda homérica de Cortés, imperativo y dominador, como un héroe de la Iliada, y de Cuauthemoc, imperturbable y tenaz, como un semidiós de la Odisea, bien pueden surgir las nuevas fuerzas y los nuevos heroísmos destinados por

la Naturaleza a perpetuar las glorias inmarcesibles de la estirpe... ¡Acero de Castilla, inquebrantable y firme, y oro azteca, rico y sonoro, fundidos en el crisol de los siglos para dar el más resistente y fabuloso damasquinado!...

Desde muy antiguo, México se adapta y asimila la cultura de los conquistadores, con tan admirable capacidad, que hay momentos históricos en que llega a rivalizar con la propia Metrópoli, que no en balde en sus selvas oceánicas, en sus montañas ciclópeas, bajo las pupilas dantescas de sus volcanes, yace enterrada una de las más grandes y misteriosas civilizaciones de la Historia...

Mientras los demás países americanos apenas si producen algún que otro destello de arte, cuya fama apenas si traspasa los pequeños límites de su ciudad o de su Virreinato, México da a la cultura española sabios humanistas, teólogos eminentes, pintores, poetas, y sobre todos ellos, destacándose perfiles geniales, esas dos figuras literarias, Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, capaces de competir con los más nobles y poderosos ingenios de nuestro Siglo de oro.

«La América del Sur no estaba preparada para el desposorio republicano cuando el Destino lo quiso así» — afirma categóricamente en su ejem-

plar estudio sobre «La Revolución Francesa y Sud-América», el austero sociólogo uruguayo Luis Alberto de Herrera. El imperio de los sucesos exteriores precipitó el desprendimiento de España.

En la primera jornada, de lucha heroica, a brazo partido, se disimuló con un abundante y generoso contingente de sacrificios, la imperfección política del medio social. Pero en el día en que fué sellada la independencia, en la segunda etapa, adquieren aquellas imperfecciones, que eran fundamentales, su natural y genuina transparencia.

Tan prematura fué aquella separación, que el más glorioso héroe de la Epopeya, aquel Aquiles impetuoso e invulnerable cuya figura está reclamando el más épico bronce sobre la cumbre más alta de los Andes, Simón Bolívar, ebrio aún por el orgullo de la victoria, en un momento de lucidez genial, contemplando la espada temeraria que había libertado casi todo un continente, le dirige a su propia conciencia esta dolorosa interrogación:

— ¿Acaso hemos arado en el mar? . . .

Y si prematura fué la independencia, mucho más prematuro y perjudicial fué la transplantación a un suelo virgen y a una sociedad caótica de los principios políticos proclamados por la Revolu-

ción francesa. Los misteriosos elementos químicos, que en la inmunidad de los laboratorios y bajo el ojo experto y vigilante de hombres encanecidos en la austeridad y disciplina de la ciencia, son tónicos y fuerzas vivos y saludables, en las manos inexpertas de los niños y en la inconsciencia alegre y frenética de los juegos callejeros, suelen convertirse en explosiones mortales, como si el Destino se vengara inflexiblemente de los atrevidos que intentan sorprender y profanar sus misterios!

Error fué éste de la mayor parte de los libertadores, error tan profundo que ha hecho decir a un pensador tan imparcial y sereno como Sumner Maine:

— «Las colonias españolas se rebelaron y fundaron repúblicas, en las cuales los desórdenes y los crímenes de la Revolución francesa se repitieron en trágica caricatura. Las Repúblicas Hispano-Americanas fueron, respecto a Francia, lo que Herbert y Anacarsis Cloor habían sido con respecto a Danton y Robespierre».

Y de la sustentación de estas doctrinas, mantenidas por un lirismo noble, y si queréis bello, pero perjudicial como todos los lirismos que no se apoyan y arraigan en la realidad de las cosas, ha

surgido ese espíritu de disgregación latente en casi todos los pueblos de tronco ibero, pueblos donde aún impera la anarquía feudal del caudillaje. No en balde para llegar a la apoteosis luminosa y armónica del Renacimiento, ha sido preciso a la Humanidad atravesar las tinieblas y la barbarie de la Edad Media.

México, por el contrario, cuando Morelos e Hidalgo, y aquel navarro, león de nuestra independencia, que se llamó Xavier Mina, abrazaron el estandarte de rebelión, estaba ya capacitado para su independencia, por el recuerdo latente y vivo de su gran nacionalidad precolombiana, por el gran acopio de cultura que había ido acumulando durante los siglos de la colonia, y además por un sentimiento de patriótica exaltación que la vecindad peligrosa de los Estados Unidos hizo más vivo y consistente.

Más que libertar pueblos había que educarlos para el uso de esa Libertad, y así lo entendieron desde un principio los férreos y severos estadistas mexicanos.

Animados de un gran sentido práctico desecharon toda lírica abstracción, y moldearon su nacionalidad con arreglo a la firme constitución de los anglosajones, sus vecinos. Y en ésto, a pesar de la

opinión de Tocqueville en su famoso tratado "La Democracia en América", estribó la fortaleza y la preponderancia de México sobre sus hermanas del Sud.

El espíritu nacional estaba ya no sólo formado, sino que tenía raigambres en la propia tierra y se encontraba apto para todas las ascensiones y pronto a desbordarse, buscando los antiguos cauces originarios: la consistencia de los aborígenes y la impetuosidad voraz de los conquistadores.

Las mismas aventuras imperialistas testimonian esta doble fuerza latente, esta potencialidad desbordante y fecunda, esta ansia irreprímible de dominio, que es el más hondo vicio y la más alta virtud de nuestra raza. Esas aventuras fueron simples y espontáneas manifestaciones de la gran energía nacional, que aspiraba a ejercitar sus músculos para desentumecerlos, para tenerlos ágiles y tensos para las luchas futuras, para evitar que el ave heráldica y simbólica de su escudo fuera a borrarse, a extinguirse en el cielo estrellado del pabellón de Norte América. . . ¡Aletazos de aguilucho que ensaya el vuelo y afila las garras, soñando con la presa remota y el imperio futuro del espacio!

Después del trágico fin de Maximiliano, de aquella romántica y bizarra figura que, como los héroes de las viejas canciones de Gesta, abandonó la vida

«emperador, cristiano y caballero»,

pareció haber sonado para México el duro y fatídico *Finis Patrie*. Las zarpas duras y voraces de sus vecinos del Norte y de las grandes potencias europeas se alzaban ya para repartirse la presa. Pero en un arranque milagroso de sobrehumana voluntad, en un ímpetu desmesurado y terrible, que debió hacer crujir hasta en sus raíces más profundas todas las vértebras espirituales de la raza, le vemos—asombrados los ojos de maravilla y mudos los labios de orgullosa admiración—erguirse de nuevo más varonil, más pujante, más compacto, guiado por la férrea mano de D. Benito Juárez.

Las sangrientas invasiones extranjeras sólo sirvieron para remachar, a golpes de martillo, los diamantinos e imperecederos engarces de su nacionalidad.

En treinta años de paz, bajo un gobierno de tiranía, duplicó su población, mejorando su crédito y colocándose, por el desenvolvimiento de

su riqueza, al frente de los pueblos de la América Latina.

Mas no sólo se cultivaron campos, se alzaron acueductos y fábricas y se explotaron industrias, sino que paralelamente, al par que el minero horadaba la tierra para arrancar de sus entrañas la veta de metal o el venero de petróleo, y el agricultor roturaba los eriales, alzando a veces con la curva latina del arado, como los labradores de las islas griegas, los restos de un ídolo o la columna de un pórtico, los pensadores abrían nuevos horizontes, investigando en las profundidades del alma nacional; los artistas levantaban nuevos monumentos, resucitando en su grandeza actual reminiscencias de pasados esplendores, y los poetas hacían resonar sus voces maravillosas, desenterrando en sus estrofas de hoy el fausto lírico y la pompa épica de aquellos fabulosos monarcas que radicaban su abolengo en el Padre Sol.

Aún resonaba, en el viejo caracol marino de Altamirano, el rumor oceánico del alma triste, recogida y misteriosa de los aborígenes.

Don Gabino Barreda hacía pensar en el perfil austero y en la serena majestad de Sócrates. Montes de Oca y Casasús resucitaban el noble humanismo de los jardines de la Academia. Don

Justo Sierra, viviendo siempre de la Belleza y para la Belleza, esculpía su vida con el vigor de líneas y la serenidad plástica con que cincelaban sus estatuas o pulfan sus sonetos los contertulios del Cardenal Bembo o de Vittoria Colonna, al amparo de los mármoles de los palacios del Renacimiento.

Díaz Mirón, como un pirata oriental, empavesaba sus galeras de púrpura, de marfil y de oro, para subyugar todo un continente con la avasalladora violencia de sus fanfarrias triunfales, mientras Gutiérrez Nájera, pálido y solitario como Hamlet, descubría nuevos mundos a la emoción y ductilizaba las formas poéticas, que eran en sus manos mágicas como cera virgen, aptas para las más leves metamorfosis del pensamiento.

Amado Nervo evocaba por la suprema delicadeza de su arte sin mácula, por la suavidad de su acento—el más superhumano a fuerza de humanidad de todos cuantos se han dejado oír en el idioma de Góngora y de Garcilaso—, la leyenda panteística del santo solitario de Asís.

Othon tallaba como un orfebre florentino, en la esmeralda fresca y clara de sus sonetos, todos los maravillosos paisajes de su tierra y de su alma.

Tablada, el hiperestésico, el mordido en las entrañas por todas las inquietudes de su sangre y de

su tiempo, rezaba sus blasfemias en el misterio de sus misas negras, como un asceta martirizado por todos los demonios de la voluptuosidad, y Urbina palidecía de emoción al ver pasar sobre el romanticismo de sus idilios primaverales, ocultando por un instante su claro de luna de ensueño y apagando por un momento el trinar del ruiseñor shakespeariano, el negro y gélido aletazo del murciélago de la muerte.

Y con ellos Valenzuela, que para ser Mecenas sólo le faltó aposentar en sus triclinios el optimismo coronado de rosas de Horacio; Balbino Dávalos pulcramente elegante, misterioso y sutil como un enigma, y esos otros dos enamorados de lo exótico, del fasto y de la pompa oriental, que se llaman Olaguibel y Efrén Rebolledo.

Añadid pensadores como Federico Gamboa, Angel del Campo (Micrós), Jesús Urueta, Salado Alvarez, Rafael Delgado y tantos otros; escultores como Contreras, Guerra y Arnulfo Domínguez; músicos como Castro, Meneses, Carrillo, Campa y Rosas, y pintores como Gedovius, Izaguirre, Clausel, Atl y Julio Ruelas, cuyos dibujos parecen revivir toda la melancolía inquietante de Alberto Durero...

Pero bajo este florecimiento exterior, bajo este

despotismo ilustrado por el sable dictatorial, el pueblo, la matriz viva y eterna de la Nación, continuó desangrándose en la más oscura de las ignorancias, dando soldados al cuartel, brazos a la agricultura, carnaza a las minas y a las fábricas, en cambio de su ración de «pulque», sus riñas de gallos y sus corridas de toros.

Mas en el fondo de esta sumisión aparente fermentaban confusos y balbucientes ideales, inconcretas aspiraciones: crepúsculos precursores de una aurora radiosa, de un futuro de redención y de esperanza...

Y la revolución surgió al paso de aquella figura apostólica — más blanca e inmaculada que las nieves eternas del Popocatepetle — que se llamó Francisco Madero. Una juventud pletórica de pujanza y generosa hasta la prodigalidad, se agrupó en torno del amado maestro, y haciendo triunfar la pureza de sus doctrinas, vengó con su sangre la sangre fecunda y redentora del mártir.

Sacrificado el apóstol, y en medio a la honda pesadumbre del pueblo mexicano y al asombro del mundo, apareció en el Norte la personalidad austera, fuerte y nobilísima de D. Venustiano Carranza, que clamando justicia y viniendo por los fueros de la dignidad nacional, levantó con un

puñado de valientes la bandera de la ley, y rodeado de jóvenes con bríos y plenos de ensueños libertarios, con el pueblo en armas, salvó a su patria.

A la cabeza de estos hombres nuevos figura el Licenciado Isidro Fabela, una de las más claras, ágiles y múltiples mentalidades que he conocido.

Él ennobleció la oratoria, y con su verbo de fuego enardeció las multitudes ávidas, fundiendo en un ideal concreto todas las aspiraciones indecisas que dormían en el corazón de su pueblo, y señalándoles el vértice de sus conquistas futuras. Pero artista sobre todo, procuró que sus arengas, sus discursos y sus conferencias tuvieran siempre aquella eterna actualidad que nos emociona aún en las Filípicas de Demóstenes y en los vibrantes apóstrofes de Mirabeau. Como Alcibiades y los jóvenes Gracos, cuidó siempre que en medio de los tumultos del Agora y del Foro sus gestos conservasen la serena armonía, y su túnica los gráciles pliegues que eternizó el cincel heleno en la euritmia de los mármoles sagrados.

Encargado provisionalmente del Ministerio de Relaciones Exteriores de su país, en la *White House* conocen el temple del alma de este diplomático, digno por la firmeza de su carácter y por sus bue-

nas letras, de haber acompañado a Roma, en su famosa embajada, al muy noble y alto infanzón castellano D. Diego Hurtado de Mendoza, Embajador de su Majestad Imperial nuestro señor Carlos V.

Mas ni las turbulencias de su vida política, ni las atenciones de sus cargos diplomáticos han conseguido apagar en el fondo de su alma esa lámpara maravillosa que se llama el Arte. Su luz ha disipado las tinieblas de su soledad, y a su amparo, en el recogimiento del silencio, la pluma ha ido trazando estos cuadros de emoción y de sinceridad, las páginas sangrantes de este pequeño volumen, que son como las válvulas por las cuales se fueron escapando todos los desencantos y todas las inquietudes de un hombre fuerte, que está pálido y ojeroso de haber saboreado hasta las heces, en la copa del placer, la tristeza divina del amor.

Páginas sobrias, concisas, que como algunas de Trindade Cohelho, exhalan un fuerte olor a siembra, a campos regados, a mieses maduras y a leche recién ordeñada.

Ante nuestros ojos, deslumbrantes de luz, cálidas de sol y verdeantes de florestas, se extienden en policromas perspectivas las feraces campiñas

de México: las haciendas albean de entre los altos y frondosos ahuehuetes; a lo lejos relucen las presas, enmarcadas en el verdor aterciopelado de los pirules; los novillos en celo mugen sonoramente, como en los pastoriles de Bión, en los trigales de oro; allá, en el fondo, bajo el cobalto del cielo, se yerguen en una ascensión de tonos y matices violados, hasta fundirse con el infinito, las enormes cordilleras que tocan las nieves y empenachan los volcanes, y de todo el paisaje asciende un vaho fresco y primaveral de agua que corre, de tierra virgen y fecunda... Es la hacienda solariega donde vivieron, amaron y murieron nuestros mayores. No hay un rincón donde no nos espere llorando algún recuerdo.

Bajo aquel naranjo, sentimos por vez primera la intensa y trepidante embriaguez de vernos temblar en los ojos espantados del amor...

Al pie de aquel rosal, pagamos con un puñado de rosas nuestro primer beso...

En la corteza de aquel fresno centenario, hay aún enlazadas, en conmemoración de algún abrazo, las cifras de dos nombres...

Desde aquel altozano, junto a la fuente que brota entre la hendidura de dos rocas, nuestras manos se separaron para siempre...

Allá, a lo lejos, por aquel sendero blanco que sombrean los álamos, se llevaron a la madre, camino del cementerio del villorrio, cuyos casales humean en el fondo del valle...

¿Cómo no sentir la tristeza de perder para siempre los lugares donde dejamos tanto y tanto de nuestra vida?...

¿Cómo no llorar de angustia al pensar que otro dueño, sin amor por nuestra tierra, se va a enseñorear de ella, profanando nuestras más caras memorias por un mísero puñado de oro que la necesidad nos obligó a aceptar como una limosna en un momento de apremio?...

Y todo el volumen tiene el mismo dejo amargo, el mismo tono elegiaco plañendo por algo que se ha ido para siempre, por algo irremisiblemente perdido.

Pero hay tal vigor descriptivo, tal verdad psicológica, tanto amor al paisaje y al terruño nativos; es tan mexicano su ambiente y tan mexicana su alma, que nos da la certeza de que Federico Gamboa, el autor ilustre de «Santa» y «Reconquista», tiene ya en vida un heredero forzoso de su estro y de su gloria, en las letras americanas. Y la nueva generación de México, esa poderosa falange de pensadores y de artistas, que forman Caso, Gon-

zález Martínez, Rafael López, Rosado Vega, Martínez Alomia, Mendiz Bolio, Núñez y Domínguez, Parra, Amador, Zárraga, Montenegro, Diego Rivera, Herrán, Cabral, Ponce, Argüelles Bringas, Colín, Castillo, Alfonso Reyes, Carlos Lozano, Cravioto, González Peña...! bien puede enorgullecerse de contar en su seno con un temperamento tan netamente nacional e intenso como el del autor de «La tristeza del amo».

Y tú, noble artista, que has despertado en mi alma tantas y tantas emociones dormidas, recibe desde este rancio solar de la vieja España, a quien tanto amas, con la sinceridad de estas líneas incoherentes, los más fervientes votos por tu gloria y por la prosperidad de esas tierras del laurel y del oro, que los conquistadores apellidaron Nueva España.

FRANCISCO VILLAESPESA.

Madrid, Agosto 28 de 1915.